NORMAS DE PRESTIGIO Y NORMAS DE PODER: ACTITUDES LINGÜÍSTICAS EN LOS ANDES VENEZOLANOS*

ALEXANDRA ÁLVAREZ Y FRANCISCO FREITES BARROS
Universidad de Los Andes, Venezuela

1. LENGUAJE, PRESTIGIO Y PODER. ALGUNOS PRELIMINARES TEÓRICOS

El concepto de *prestigio*, aunque invocado numerosas veces en sociolingüística, ha sido definido, no obstante, en muy raras oportunidades. Moreno Fernández (1998: 189) se refiere a él como «un proceso de concesión de estima y respeto hacia individuos o grupos que reúnen ciertas características y que lleva a la imitación de las conductas y creencias de esos individuos o grupos». Si bien el prestigio puede estudiarse tanto como actitud cuanto como conducta, los sociólogos han preferido la primera delimitación antes que la segunda, por la que se inclinan, en cambio, los antropólogos.

Por contraste, son muchas y variadas las concepciones de *poder* que encontramos. En las ciencias sociales, por ejemplo, la noción de poder se señala frecuentemente como consubstancial con la organización social. «La sociedad –apunta Ng, citado por Azurmendi Ayerbe (2000: 215)– es impensable sin control o poder; por tanto, las relaciones interpersonales, como parte de lo social, serán también relaciones en las que se manifieste el poder». No hace falta decir que los miembros de un colectivo no detentan poder en la misma medida. A algunos de sus integrantes se encomienda expresamente como función social la tarea de «regular» determinados aspectos de la vida en común (p.e. legisladores, jueces, policía); a otros, el «modelamiento» de los individuos (v.g. padres, maestros, clero). De otra parte, existen segmentos sociales que se abrogan subrepticamente el «derecho» de establecer normas y vigilar su cumplimiento, normas que más que el bien general, apuntalan los intereses propios de tales grupos. Esta influencia se ejerce indirectamente, mediante ideologías y presentación de patrones de comportamiento estereotipados; su difusión, por otra parte, se produce a través de los medios de comunicación de masas, de los

* Este trabajo obtuvo apoyo institucional a través del proyecto del Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico H-629-0106-B de la Universidad de Los Andes, bajo la responsabilidad de Alexandra Álvarez.

que normalmente son propietarios o importantes accionistas¹. En todos estos procesos el lenguaje desempeña un rol determinante: «Power is often demonstrated through language; it is also actually achieved or 'done' through language» (Thomas y Wareing, 2000: 11).

En este mismo orden de ideas, Van Dijk (1997) se refiere al término *poder* como *control*:

Un grupo tiene poder sobre otro grupo si tiene sobre él alguna forma de control. Más específicamente, este control pertenece a las acciones del otro grupo o de sus miembros: controlamos a otros si los hacemos actuar como queremos (Van Dijk, 1997: 17, traducción nuestra).

Cuando hablamos de prestigio y poder hablamos, pues, de movimientos diferentes: el primero está dirigido hacia el sujeto de la estima, o del prestigio, mientras que cuando hablamos de poder, pensamos en un movimiento orientado desde el sujeto hacia el otro, sobre el cual el sujeto ejerce el control. Si bien el poderoso puede tener prestigio (y ello ocurre con bastante frecuencia), también es posible que entre poder y prestigio exista disyunción.

En el ámbito más estricto de la lingüística las nociones de prestigio y poder cobran valores específicos por su relación con el lenguaje. En esta ciencia, el prestigio no se concibe como una cualidad que se otorga al individuo por sus características, sino a la variedad lingüística que habla. El prestigio ha pasado metonímicamente de la persona a su manera de hablar y entonces, al igual que con la ropa que se pone y la comida que se lleva a la boca, el lenguaje pasa a convertirse en una característica preciada del individuo: las maneras de hablar se transforman en objetos de aprecio y de imitación. Y por su función metalingüística el lenguaje resulta, al tiempo, signo de prestigio e instrumento de juicio, causa de evaluación social y vehículo principal para la expresión de dicha evaluación.

En la modernidad el poder rara vez se ejerce mediante violencia física, que ha sido sustituida por un complejo de normas (explícitas unas, convenidas tácitamente otras muchas), cuya violación supone sanciones sociales diversas. Este «nuevo» dominio se ejerce fundamentalmente a través del lenguaje, porque, como dice Van Dijk (1997: 17), «mucho poder en la sociedad... no es coercitivo sino mental»; así, el lenguaje se hace instrumento de ese poder, de manera que el *decir* (mandar, ordenar, argu-

¹ «Language often serves the interests of dominant social groups, usually because these are the groups who have the most control over it: politicians and lawyers, owners of international media conglomerates, and other influential, high-profile figures. Consequently, the oppression of those with less power, and less access to the media and the production of written records, can seem 'natural', 'normal' or even invisible». (Thomas y Wareing, 2000: 12).

mentar, persuadir, convencer) se convierte en la forma básica de ejercer el poder a través del lenguaje. El ejercicio del poder deviene, entonces, en discurso: el poder se ejerce a través de la palabra porque la cultura y la socialización implican la sustitución de la realidad por el lenguaje, ese sistema de símbolos que nos confiere un modo de hacer cosas sin hacerlas realmente, de hacer cosas con palabras (Austin 1962). En la lingüística contemporánea, en efecto, el discurso no se concibe únicamente como producto: se trata también de una «práctica social que estructura áreas de conocimiento, que no sólo expresa o refleja entidades, prácticas, relaciones, sino que las constituye y las conforma». (Martín Rojo, Pardo y Whittaker, 1998: 12).

Las nociones de poder y prestigio están, pues, vinculadas con la estructura y funcionamiento de las sociedades, y, entre otras vías, se manifiesta en el uso lingüístico y su valoración; ahora bien, en cada colectivo humano el ejercicio del poder y la adjudicación del prestigio se activan de modo distinto de acuerdo con determinantes históricos. En tal sentido, el estudio de las actitudes lingüísticas (y las herramientas que para ello presta la sociolingüística), resulta de particular utilidad cuando se pretende conocer de qué modo se establecen las relaciones de poder y cuáles los mecanismos (asociados al poder pero no inherentes a él) por los que una determinada variedad lingüística cobra mayor relevancia entre las que conviven en una sociedad: efectivamente, «en general las actitudes reflejan la estratificación de la sociedad» y «el poder se refleja en la variación y en las actitudes hacia la variación.» (Lastra, 1992: 41).

2. LOS ANDES VENEZOLANOS: ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA

Puesto que este estudio se refiere a la consideración de las relaciones entre poder y lenguaje manifiestas en las actitudes de hablantes andinos venezolanos respecto de algunas variedades dialectales venezolanas y colombianas, conviene establecer algunos hitos orientadores en torno a la relación de los andinos con los habitantes del resto del país y sus vecinos colombianos².

² La conveniencia de incluir esta breve relación se basa en la opinión de muchos lingüistas que han explorado la investigación de las actitudes según la cual es preciso ampliar las referencias explicativas del comportamiento lingüístico a otros factores distintos del comportamiento verbal mismo. Así por ejemplo, Iglesias Álvarez, afirma, entre otros, que es preciso defender «a necesidade de incluír as actitudes nun modelo causal máis amplo, que permitirá comprender mellor as condutas, pois estas non dependen só de factores actitudinais, senón tamén doutros, como o hábito ou a norma social» (1999: 280).

En Venezuela el poder converge en el centro del país³, sobre todo en su capital, Caracas, que es la sede de los poderes públicos centrales⁴. En esta región se concentran, además, muchos de los medios de producción de riqueza (sobre todo los que implican procesos industriales)⁵, entidades financieras, instituciones culturales y científicas diversas (algunas de las más prestigiosas universidades entre ellas) y medios de comunicación de difusión nacional (sobre todo prensa y televisión). Esta región constituye, asimismo, el asiento de una alta proporción de la población⁶, buena parte de la cual ha llegado desde otros puntos de la geografía atraída por la posibilidad de una mayor calidad de vida.

En el resto del territorio, excepto por el estado Zulia, donde se hallan los mayores yacimientos de petróleo en explotación, la densidad de población es bastante más baja y la riqueza, comparativamente menor.

La región andina se localiza en el extremo suroeste del país y está constituida por tres estados contiguos: Trujillo, Mérida y Táchira⁷. Este último se halla en la frontera andina colombiana, territorio con el que conecta a través de la Carretera Panamericana⁸. El flujo de personas y mercancías hacen de este punto de la frontera colombo-venezolana uno de los más activos de toda la América.

La actividad económica tradicional de la región andina se ha concentrado en la agricultura y la ganadería. Los cultivos de café fueron hasta la primera mitad del siglo XX una importante fuente de ingresos en la región, pero desde entonces ha mermado progresivamente la productividad en el rubro⁹. Si bien es cierto que han surgido actividades agropecuarias alter-

³ Además de Caracas, enclavada en el Distrito Capital, esta región está formada por los estados Vargas, Miranda, Aragua y Carabobo.

⁴ Allí está la sede de la Presidencia y la de los Ministerios (poder ejecutivo), la Asamblea Nacional (poder legislativo) y el Tribunal Supremo de Justicia (poder judicial).

⁵ Se estima que sólo en Caracas se genera el 40% del valor de la producción industrial y el 35% del ingreso nacional, eso sin contar que Valencia, la «ciudad industrial de Venezuela», como se la conoce, está también en la región central.

⁶ Con apenas un 2,36% del territorio nacional, está habitada, según estimaciones para 1995, por el 37,38% de la población total del país (378 h por km²).

⁷ Los estados andinos sumaban para 1995, 2.180.900 habitantes distribuidos en 29.800 km², lo cual representa el 10% de la población en el 3,27% del territorio (73h por km²). Las distancias aproximadas desde Caracas a sus capitales son las siguientes: Trujillo (estado Trujillo): 550 km; Mérida (estado Mérida): 600 km; San Cristóbal (estado Táchira): 750 km. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que las carreteras son en ocasiones vías de circulación secundarias que atraviesan, en largos tramos, terrenos accidentados. Hay conexión aérea comercial entre cada capital de estado y Caracas, pero no entre las ciudades andinas.

⁸ Esta misma carretera, en sentido contrario, es una de las principales vías de comunicación de los Andes venezolanos con el resto del país.

⁹ La actividad cafetalera ha disminuido considerablemente su producción desde la depreciación internacional del café de principios del siglo XX. En las últimas décadas se han añadido como fuentes de ingresos, sobre todo en Mérida, la actividad turística y la de servicios en torno a la Universidad

nativas y que estas labores representan la principal fuente de riqueza de la región, también lo es que, como en muchos otros lugares, ha habido un considerable trasiego de población rural hacia las ciudades.

Ahora bien, estas «migraciones» no se ha producido sólo hacia las propias ciudades andinas; en búsqueda de mejores condiciones de vida, en efecto, muchos andinos han fijado residencia, unos de modo transitorio y otros permanentemente, en la zona central. Su llegada a estas ciudades supone para ellos el enfrentamiento con una realidad distinta, sobre todo por que son «vistos» como distintos. Hay, ciertamente, diferencias culturales, pero aunque estas sean significativas en ciertos aspectos, en bastantes casos se exageran de acuerdo con prejuicios sin anclaje en la verdad o contruidos sobre realidades históricas inexistentes en la actualidad. En el Centro, la región del poder, el punto de mira establece que los andinos resulten «distintos» porque provienen de una zona que ha sido básicamente rural; sus ciudades más importantes, incluso, aparecen a los ojos del capitalino con exceso de «color local», provincial. Se piensa, pues, que se trata de gente rústica, de escasa formación intelectual (y, en ocasiones, hasta de intelecto también escaso), cuyo conocimiento de la «modernidad» es superficial o nulo¹⁰. Su visión de mundo, en consecuencia, «tiene» que ser distinta, como distinto, y característico frente al resto del país, es su modo de hablar. Ello, además de extrañeza, causa recelo en el central: desde la perspectiva de quien pertenece a la región donde se asienta el poder, el que es distinto es el otro, y no al revés. El cuestionado es el andino, no el central. Y en relación con su modo de hablar puede incluso que se «reconozca» que en Los Andes se hable «mejor»¹¹, pero eso no preocupa ni acompleja en lo absoluto al central, porque a la par de tal creencia, supone que la manera de hablar de la Capital y las ciu-

de Los Andes, una de las principales del país, a la que acuden estudiantes de toda Venezuela. Esta Universidad tiene también núcleos en las ciudades de San Cristóbal y Trujillo.

¹⁰ «Las características de la sociedad tachireña ha sido muchas veces desfigurada en enjuiciamientos absurdos que continúan identificando al tachireño actual como un campesino analfabeto, de ruana y alpargatas, pretendiendo silenciar que ese mismo hombre ha sido igualmente capaz y ha obtenido justa relevancia en la política, la iglesia, las artes, las ciencias, las letras, en la economía y en las demás expresiones del quehacer humano» (Enrique Colmenares Finol, en el Prólogo de *El Táchira fronterizo*, Arturo Guillermo Muñoz, 1985:38). Aunque este comentario esté referido específicamente al tachireño, puede extenderse con toda propiedad a la situación del andino venezolano en general.

¹¹ El andino siempre trata a su interlocutor de «usted», incluso en las situaciones más familiares, y de ello se deduce que es gente «respetuosa», «educada». También se supone que pronuncia «claramente» las «eses» y las «enes» (articulación sibilante implosiva y alveolar, respectivamente, de los segmentos /-s/ y /-n/ en la posición implosiva), lo cual indica «pulcritud» al hablar. Que esta concepción de «corrección» funciona sobre la base de un estereotipo queda demostrado en los trabajos que sobre el fonetismo segmental de /-s/ y /-n/ han adelantado en tiempo muy reciente Villamizar (1998) y Freitas Barros (2000 y 2002).

dades próximas a ella, por ser la más ampliamente aceptada, no marca minusvalía social, antes bien, resulta señal de prestigio. El *nosotros* del central no está nunca bajo observación, sí lo está, por el contrario, el *ellos* de los andinos. Y, como en bastantes situaciones de este tipo, el rechazo, la ridiculización y la burla (en todo su espectro de matices), son los ropajes de que reviste el prejuicio.

La suspicacia contra el andino se remonta bastante más atrás de este siglo. Hay que ir, en efecto, a las épocas colonial y republicana para entender el fenómeno en su raíz.

La primera división administrativa que prefigura lo que sería la República de Venezuela, esto es, la provincia de Venezuela, no incluye el territorio actual de los Andes venezolanos, al menos no Táchira y Mérida. En efecto, el proceso de conquista y colonización de esta región se inicia a mediados del siglo XVI. Y mientras que la fundación de Trujillo se produjo como consecuencia de una expedición que partió de El Tocuyo, a la sazón capital de lo que se prefiguraba como la provincia de Venezuela, y que dependía de la Real Audiencia de Santo Domingo, las de Mérida y San Cristóbal (y otros poblados de su entorno) fueron el resultado de exploraciones que tuvieron su origen en el Cabildo de Pamplona, con dependencia del Corregimiento de Tunja, subordinado a su vez, a la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, en la capital de lo que en muy poco tiempo sería el Nuevo Reino de Granada. Esta situación produjo la separación de los poblados de la Cordillera Andina bajo dos secciones administrativas distintas. Aunque la supeditación de los territorios andinos a lo largo de la colonia fue sumamente fluctuante y compleja¹², derivada de las sucesivas reorganizaciones del territorio americano que se imponían desde la Metrópoli, puede establecerse claramente que Mérida y San Cristóbal (con sus poblados satelitales) se conciben como parte de lo que sería luego de la independencia la República de Venezuela sólo a partir de

¹² Trujillo estuvo subordinado a la Gobernación de Caracas o Venezuela, que estableció relaciones de dependencia con la Audiencia de Santo Domingo y el Virreinato de México. La adscripción de los territorios de los actuales Táchira y Mérida, más compleja, se fijó al principio de modo directo a la Real Audiencia de Santa Fe a través del corregimiento de Tunja, perteneciente al Virreinato del Perú hasta el institución del Virreinato de Nueva Granada. Para el momento de la formación del corregimiento de Mérida, esta ciudad se erige como cabecera, con ascendiente sobre San Cristóbal y otros poblados. Cuando fue elevado a Provincia, Maracaibo formaba parte de su administración. Más tarde la provincia de Mérida cambió de nombre y de capital, por lo que es bajo la denominación de Gobernación de Mérida y ciudad de Maracaibo (mejor conocida simplemente como Gobernación de Maracaibo) como entra a formar parte la Capitanía General de Venezuela el año de su constitución. Una relación detallada de estos hechos puede leerse en el *Proceso de la historia de los Andes venezolanos*, de Arturo Cardozo (1993) y en el *Diccionario de Historia de Venezuela* (1997), en los artículos de Magali Burguera (*Mérida*) y Aurelio Ferrero Tamayo (*San Cristóbal*).

1776¹³. Durante más de doscientos años, y faltando menos de cincuenta para la independencia de Venezuela de la Corona de España, la suerte de Mérida y San Cristóbal estuvo, pues ligada, a la de Santa Fe de Bogotá¹⁴. La nueva situación administrativa no anularía, como cabe esperar, los vínculos entre los Andes y la Nueva Granada.

Ahora bien, la adscripción de los estados andinos al territorio venezolano y el surgimiento, a principios del siglo XIX, de la nación independiente que los incluyó no significó la incorporación automática del mundo andino a la esfera de Caracas, sede de los poderes centrales. No hay que olvidar que la cordillera se interpone entre ambos mundos y que las vías de comunicación fueron hasta hace poco escasas y de baja calidad, lo que tuvo como consecuencia inmediata grandes dificultades para la comunicación¹⁵. Si bien es cierto que los estados andinos participaron activamente en la construcción de la nueva vida nacional también lo es que durante el siglo XIX y la primera mitad del XX se constituyó un tipo de sociedad particular en los Andes por su relativo aislamiento del resto del país¹⁶ y su vecindad con Colombia.

La «particularidad» de estas sociedades estuvo marcada por varios aspectos. Por una parte, la parcial independencia respecto del poder central. Debido a las distancia y a las dificultades de comunicación que

¹³ Con el surgimiento de la Gobernación y Capitanía General de Venezuela ese año (con mando militar y administrativo desde tal fecha, y autonomía judicial a partir de 1786, a partir de la creación de la Real Audiencia) surge, a decir verdad, la idea de la actual Venezuela, formada entonces por las provincias de Caracas, Cumaná, Guayana, Barinas, Margarita y Maracaibo. Mérida y San Cristóbal, para estas fechas, dependían de esta última provincia, que se llamó antes, como queda dicho, de Mérida, cuando esta ciudad era su capital.

¹⁴ Desde la perspectiva religiosa esta dependencia se prolonga más todavía: en efecto, la circunscripción eclesiástica de los Andes venezolano correspondió a Bogotá hasta 1803.

¹⁵ Valga como ejemplo de ello la relación de la vía de exportación del café tachireño hacia Europa y los Estados Unidos, que se seguía durante el siglo XIX por puertos colombianos y no por el de La Guaira. Incluso cuando se embarcaba en Maracaibo, el recorrido que se hacía hasta llegar allí atravesaba por territorios de Colombia. Para ilustrar las dificultades en la comunicación entre los Andes y el Centro del país se puede citar un comentario de Muñoz (1985: 144), quien refiere cómo a fines del siglo XIX un viaje a Caracas desde San Cristóbal tardaba al menos tres semanas y significaba tocar tierra en dos países extranjeros: después de cruzar selvas y montañas por territorio colombiano se llegaba a Maracaibo, donde, paradójicamente, se podía ir directamente a Nueva York, pero para ir a Caracas, había que tomar un barco hasta Curacao para ahí esperar otro hasta La Guaira, con paso previo por Puerto Cabello. Hubo que esperar hasta la primera mitad de siglo XX para que los estados andinos tuvieran una más fluida comunicación entre sí y con las ciudades del centro a través de carreteras. Las vías que posibilitaron estas comunicaciones fueron la carretera Trasandina, obra de la dictadura del tachireño Juan Vicente Gómez, y la carretera Panamericana, construida durante el mandato del también dictador tachireño Marcos Pérez Jiménez.

¹⁶ «La contigüidad del Táchira con la Venezuela del centro y del oriente solamente existía en términos de límites en los mapas, pero en razón de transportes y comunicaciones, la región sufría un verdadero aislamiento insular con respecto al resto del país.» (Muñoz, 1985: 114).

imponían las circunstancias geográficas, las disposiciones del gobierno central llegaban casi siempre con bastante retardo. Si a ello se añade el hecho de que la historia del siglo XIX en Venezuela está marcada por una sucesión interminable de caudillos que cuando alcanzan el poder derogan las disposiciones de su antecesor, resulta que más de una vez arriban a los Andes providencias legales ya caducas. Lo mismo sucede con el poder militar, carente de un ejército profesional y permanente, reducido incluso en bastantes ocasiones a montaneras circunstanciales organizadas por el caudillo de turno para su ascenso al poder. Ello estableció un clima de cierta independencia en los estados andinos, Mérida y Táchira, principalmente. Por otra parte, no existía subordinación económica entre los Andes y Caracas. La propia riqueza de la agricultura, básicamente la derivada de los cultivos del cacao y, sobre todo, los del café, exportados, como se dijo, sin atravesar el territorio nacional, dan a estas entidades una gran autonomía. El relativo aislamiento de la región no significa, sin embargo, retraimiento cultural. Las mismas comunicaciones con el extranjero, a la vez que vía de exportación, lo son también para la llegada de bienes culturales. Y hay que recordar que en Mérida, desde el arribo de los jesuitas en el siglo XVII, se crean numerosos colegios y se funda el Seminario de San Buenaventura, germen de la hoy bicentenaria Universidad de Los Andes. La circunstancia de que Mérida fuera muy tempranamente sede obispal (1778) y que tuviera Universidad «dotó a la ciudad y a la entidad con el potencial intelectual que en buena parte ha marcado su historia»¹⁷. En el Táchira también se produjeron importantes movimientos culturales. Muy tempranamente por iniciativa eclesial hubo en la región, además de importantes colegios, imprenta, prensa, y hasta ateneos, los primeros de Venezuela, fundados en La Grita y San Cristóbal.

A la par de las escasas relaciones con el centro del país, la situación geográfica de los Andes favoreció también durante esta época los numerosos contactos con Colombia. En el transcurso de las guerras civiles, tanto las colombianas como las venezolanas, ambos lados de la frontera fueron refugio de perseguidos y lugares de preparación de movimientos revolucionarios¹⁸. En estos procesos destaca el fuerte nacionalismo venezola-

¹⁷ Marco Aurelio Vila: *Estado Mérida. Aspectos Humanos*. En *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Polar, 1997.

¹⁸ Como ejemplos de lo anterior pueden nombrarse los casos de la Campaña Admirable, en 1813, y la Revolución Restauradora, en 1899. La primera partió de Ocaña (Colombia) e ingresó a territorio venezolano desde Cúcuta. De allí siguió su curso por las ciudades andinas de La Grita, San Cristóbal, Mérida y Trujillo, en donde Bolívar encontró numerosos adeptos que engrosaron sus ejércitos, hasta, atravesando gran parte del territorio, alcanzar Caracas. Asimismo, la Revolución Restauradora del General Cipriano Castro, partió con el siglo XX de Cúcuta y desde Capacho avanzó por el occidente del país hasta la capital.

nista del andino, que pese a las distancias, siempre ha estado presente en el procesos históricos de transformación del país, tanto en el periodo independentista como durante el republicano. A este respecto resulta imprescindible mencionar que el proceso de pacificación del territorio venezolano, diezmado y empobrecido por las innumerables guerras civiles del siglo XIX, se consigue en la primera mitad del XX, fundamentalmente por la acción de dos caudillos: el general Cipriano Castro (Capacho, estado Táchira) y el general Juan Vicente Gómez, también andino y tachirenses (La Mulera). Durante el gobierno de este último, que se prolongó por casi treinta años, no obstante los exabruptos cometidos por excesos en el ejercicio del poder, se acabó con las guerras intestinas y se estableció una administración centralizada. En este proceso jugó un papel importante la constitución de un ejército verdadero, con instrucción militar y permanencia de sus miembros al servicio del Estado. La unificación los estados de la República, establecida con la Federación en el siglo XIX, sólo se hace efectiva verdaderamente durante el gobierno de Gómez, bajo una administración unificada favorecida por una red de carreteras y controlada mediante un ejército profesional. A su muerte lo sucede el General Eleazar López Contreras, tachirenses también (Queniquea), durante cuyo mandato se promueve la transición a la democracia. El primer presidente electo de Venezuela resulta asimismo un andino: Isaías Medina Angarita, igualmente militar (aunque ya en situación de retiro de las fuerzas armadas durante el ejercicio del gobierno) y tachirenses (Michelena). Tras un período de inestabilidad política, la democracia sucumbe y luego de una serie confusa de violentos acontecimientos el poder es tomado luego por la fuerza por el último dictador de ese siglo, Marcos Pérez Jiménez (Michelena, estado Táchira), que gobierna durante diez años, hasta que es derrocado en 1948 y se impone, finalmente, la democracia.

En el escenario político del recién terminado siglo los andinos ejercieron, como se ve, roles protagónicos, y no por siempre por designación popular: su ascenso al poder, en efecto, ocurrió las más de las veces mediante imposición violenta. Esta presencia de gobernantes andinos (rodeados de séquitos de confianza también andinos, a muchos de cuyos individuos se encomendaron responsabilidades significativas en la dirección de los asuntos nacionales), esta estancia de gente «extraña» que controla la vida capitalina, dejaría, como cabe suponer, sentimientos de rechazo entre sus pobladores. La presencia de esos «otros» en Caracas con imperio sobre el país entero marcó una relación de desprecio del central por el andino que hasta hoy perdura. En torno a los andinos «del poder» se tejió una maraña de prejuicios que, como toda opinión preconcebida, entremezcló y presupuso elementos de muy diversa índole.

le¹⁹; algunos de ellos tienen base real pero fueron exagerados; otros simplemente se inventaron. Desde esta época al andino se lo asocia con un sujeto de origen rural, inculto, rudo, de escasa inteligencia, ávido de poder y que puede llegar a ser extremadamente violento²⁰.

Pero la vida del andino ha estado ligada a la del colombiano no sólo en el pasado. Su experiencia cotidiana le confirma cada día los lazos que desde antiguo lo ligan con Colombia. La presencia de colombianos en el Táchira (y también en Mérida, aunque en menor proporción), lo mismo que la de venezolanos allende la frontera, ha sido y es una constante²¹. Existen numerosas familias mixtas y el tráfico de personas y mercancías por la frontera es permanente. Estos intercambios, por otra parte, no ocurren únicamente entre las gentes de las clases populares. Valga como ejemplo el prestigio que por años ha tenido en Venezuela la educación colombiana, lo que ha hecho que bastantes familias andinas envíen a sus hijos a estudiar a Colombia, muchos, en colegios internados privados.

El andino ha estado, pues, marcado por una circunstancia de identidad conflictiva, por dual: de una parte está plenamente incorporado a la sociedad venezolana, en la que participa activamente y cuya idiosincrasia comparte, en general, con el resto de la nación; pero al mismo tiempo está separado de ella, bajo otro punto de vista, por la Cordillera de los Andes y las diferencias que históricamente se gestaron debido a este accidente. Por otro lado, comparte rasgos vitales con el colombiano, que provienen de antigua data y que se manifiestan constantemente en el presente, en la frecuencia de relaciones que establece la vida de la frontera y en muchos usos y costumbres. En este movimiento pendular de pertenencia a dos mundos se genera la necesidad esencial de ser reconocido como vенеzo-

¹⁹ «Un prejuicio, se dice, es un acto de simpatía o de aversión, y tiene como causa la falta de conocimiento fiable.» Los prejuicios operan como mecanismo clasificatorios «fáciles» para encauzar la realidad que es distinta de la propia cultura (cf. Tusón, 1996: 27 y 21). Dentro de la psicología social el prejuicio ha sido puesto repetidamente en relación con las actitudes: «Las actitudes son patrones o marcos de referencia que contribuyen decididamente a organizar el universo cognitivo del individuo al mismo tiempo que simplifican las tareas de decisión en cada caso, ofreciendo una pauta de conducta estable, en lugar de tener que detenerse en cada ocasión a sopesar y evaluar informaciones y circunstancias que afectan a sus intereses y metas. Los sucesos y los objetos quedan encuadrados en clases o en categorías de las cuales el individuo forma una actitud que le servirá de guía de acción al respecto en lo sucesivo» (Rodríguez González, 1989: 240).

²⁰ El solo examen de la actuación pública de gobernantes como López Contreras o Medina Angarita, ambos de aguda inteligencia, extensa ilustración y profundo sentido democrático, basta para desarmar el prejuicio, y ello sin hablar de la constitución de la sociedad andina, de modernidad relativa para la época, a la que antes se ha descrito.

²¹ El censo de 1990, por ejemplo, mostró que el Táchira tiene la mayor proporción de extranjeros de todo el país: 114.240, el 14% de la población del estado; de esa cifra, 106.988, esto es, el 94%, son colombianos. En Mérida la cifra de extranjeros es menor, sólo un 5%, pero más del 80% de este contingente proviene de Colombia.

lano, reconocimiento que, como queda dicho, se ve comprometido ante los ojos del resto de sus compatriotas por su vecindad y semejanza relativa con el colombiano.

Ante la discriminación del central el andino reacciona: a pesar su necesidad de establecer sin lugar a dudas su identidad, no está dispuesto a sobrellevar desigualmente las consecuencias del prejuicio siendo el único objeto del rechazo. También él se ha construido opiniones desfavorables sobre el central, pero como es éste quien detenta el poder, en lugar de manifestarlas mediante hostilidades el andino lo hace de un modo más sutil: niega al central buena dosis del prestigio que cree poseer. Los andinos, en efecto, no ven a los centrales como los más cultos, ni tampoco parecen apreciar las bondades de sus dialectos. Los centrales ostentan el poder, político y económico, pero su modo de hablar no tiene el prestigio que tienen sus variedades²².

La hipótesis de la desestima de los dialectos centrales por el andino y la concesión de prestigio a las variedades locales y aun a las colombianas ha constituido el punto de partida de la presente investigación.

3. ANTECEDENTES DE ESTE ESTUDIO

Los antecedentes de este estudio, en Venezuela, son varios. El primero es el llevado a cabo por Bentivoglio y Sedano (1999) sobre actitudes lingüísticas hacia distintas variedades dialectales del español latinoamericano y peninsular. Estas investigadoras llegaron a dos conclusiones muy interesantes: En primer lugar, el hecho de que tanto en Caracas como en Madrid se otorgue mucha importancia al dialecto propio. (El de Caracas, sin embargo, resultó menos relevante para sus hablantes que el de Madrid para los suyos). En segundo lugar el que, al lado de los hablantes cuyo universo se centra en el propio dialecto, haya otros que admiren, por distintas razones, dialectos ajenos; es notable, entre éstos, la admiración de los caraqueños por el dialecto de Bogotá.

Otro estudio, también caraqueño, es el de Malaver (2002), un trabajo sobre las actitudes lingüísticas de un grupo de caraqueños donde se muestra que estos prefieren, en primer lugar, el español peninsular y, en segundo, el español bogotano: sólo un porcentaje mínimo cree que en Caracas se habla *muy bien* el español.

²² La función «defensiva» ha sido propuesta en la psicología social como mecanismo de apoyo social que da origen y refuerza ciertas actitudes egodefensivas ante prejuicios de carácter social. La pertenencia a un grupo y la solidaridad con sus miembros es, en efecto, uno de elementos determinantes de las actitudes: «el grupo controla ciertas clases de refuerzo para el individuo y ejerce una fuerte presión bien sobre la formación, bien sobre el cambio o el mantenimiento de actitudes, y tal presión es tanto más efectiva cuanto más y mayores sean las necesidades que ayuda a satisfacer el individuo» (Rodríguez González, 1989: 214).

Entre los estudios realizados en Los Andes, está el de Álvarez y Medina (1999), sobre liceístas andinos, hecho a partir del modelo del de Bentivoglio y Sedano (1999). Este estudio mostró que los jóvenes andinos prefieren en cierta medida el dialecto de Caracas, sobre todo cuando se les pregunta en cuál de los dialectos querrían oír hablar de amor; sin embargo, las preguntas relacionadas con inteligencia y la estética del lenguaje fueron respondidas etnocéntricamente, es decir, favoreciendo a sus propios dialectos. En este estudio se atribuyó el gusto del dialecto caraqueño a una moda adolescente, que prefiere los usos de la capital durante la juventud, pero que luego se vuelve hacia la tradición regional.

Álvarez, Martínez y Urdaneta (2001) encontraron en las respuestas a un cuestionario indirecto sobre las preferencias de habitantes de Caracas y Maracaibo sobre los dialectos hablados en el país que la variedad hablada en la capital de Venezuela no parece ser la más prestigiosa. En los Andes venezolanos y especialmente en la ciudad de Mérida, esta relación entre el prestigio y el poder no parece darse, porque los merideños prefieren, en casi todas las circunstancias, su propio dialecto al de la capital. Estos resultados aparecieron tanto en los temas relacionados con lo racional cuanto en los relacionados con lo afectivo; sólo en los medios de comunicación parecen estar habituados al dialecto central. Los mismos resultados se dieron en Maracaibo. El dialecto regional fue el preferido de sus hablantes en el plano nacional, seguido de cerca por el central. En lo afectivo se da una preferencia, tanto positiva como negativa, por lo propio.

Álvarez, Hoffmann y Valeri (2002) presentan las reacciones de informantes merideños ante las voces de dos merideños y dos caraqueños de dos grupos generacionales diferentes leyendo un texto sobre diplomacia y mercado. Encontraron que entre los merideños el dialecto de la ciudad tiene mayor prestigio que el dialecto de la capital. Sólo en preguntas aisladas el joven caraqueño fue positivamente evaluado por encima del resto (fue considerado como el más simpático, y se prefiere también para animar una fiesta).

4. METODOLOGÍA

Este estudio fue llevado a cabo paralelamente en Mérida y en San Cristóbal. Se realizó una encuesta²³ a un poco más de cuatrocientos per-

²³ Se agradece a María Alejandra Blondet, Hernán Martínez y Lissette Pineda la aplicación de la encuesta en la ciudad de Mérida y a Yelitza Ortiz, May Karol Contreras y los estudiantes del Seminario de Investigación Lingüística de la Universidad de Los Andes Táchira, cohorte 2000-2001, la administración de parte de la misma en San Cristóbal. Una importante porción de los cuestionarios, sin embargo, fue aplicada directamente por los propios investigadores.

sonas²⁴ simulando la existencia de un proyecto de la Universidad de Los Andes sobre las preferencias del público acerca de las características que debían tener las personas que eventualmente coordinaran acciones conjuntas entre los países latinoamericanos o representar instituciones comerciales, educativas y otras. Se aparentaba que la función de tal encuesta era la de unificar criterios en relación con la forma que deberían tener los comunicados, folletos, libros y otras publicaciones, así como las conferencias radiales y televisivas dirigidos a los países que hipotéticamente formarían uniones tales como el Mercosur. Como se colige de lo anterior, la introducción a la encuesta era sumamente vaga a fin de que quienes respondieran no tuvieran una idea cierta de lo que se perseguía. Se le aseguraba a los encuestados su anonimato, y sólo se preguntaba por la edad, el sexo, su ciudad de nacimiento, las de sus padres, la profesión y el nivel de estudios. En realidad, únicamente interesaba seleccionar sólo encuestados andinos y discriminarlos según fueran o no universitarios (después se vio que este rasgo resultó, sin embargo, irrelevante).

La encuesta constaba de tres partes. En la primera, se informaba a los encuestados de que oírían una cinta estímulo con grabaciones de cinco mujeres «nacidas en el norte de la América Latina». A fin de evitar que los juicios de los encuestados resultaran de eventuales diferencias sociales entre las hablantes se procuró una muestra lo más homogénea posible: mujeres profesionales (profesoras universitarias), con estudios de cuarto nivel, de clase media alta y contemporáneas entre sí. Para evitar que el asunto de su conversación diera alguna información de su estatus social se seleccionaron segmentos de conversaciones tomados de entrevistas semiestructuradas sobre temas comunes, casi siempre referidos a experiencias de la infancia. Todas las entrevistas se realizaron en cabinas de grabación insonorizadas para impedir que diferencias en la calidad material de las grabaciones indujeran respuestas favorables o desfavorables. Las hablantes eran, en ese orden,

²⁴ 408 en total, 200 en Mérida y 208 en San Cristóbal. En principio se aplicó la encuesta a unos cien estudiantes universitarios en cada ciudad. Para equilibrar la muestra (que en muchos estudios, por razones de tiempo y comodidad se limita sólo a estudiantes), se amplió la selección de encuestados con la inclusión de un número equivalente de personas del mismo rango de edades (18-30 años) y estatus socioeconómico (estratos medios), pero sin estudios universitarios. También entre los estudiantes se procuró pluralidad: se encuestaron estudiantes de tres universidades distintas (Universidad de Los Andes, Universidad Católica del Táchira y Universidad Nacional Experimental del Táchira) de distintas carreras (Letras, Medicina, Derecho, Administración, Arquitectura, Comunicación Social y Educación). Los autores agradecen aquí la colaboración de las instituciones y profesores que permitieron la aplicación de la encuesta. Aunque no se consideran en el análisis las diferencias en las respuestas según el sexo de los encuestados, conviene apuntar aquí que la proporción entre hombres y mujeres estuvo también equilibrada.

de Cúcuta, Caracas, San Cristóbal, Mérida y Bogotá²⁵. Cada entrevista se hizo en la ciudad de origen de la hablante, esto es, en su propio contexto geolocal. De cada entrevista se seleccionó un segmento de duración semejante, entre veinticinco y treinta segundos, aproximadamente. Esta selección de segmentos fue ensamblada digitalmente y se introdujo la voz de un locutor que anunciaba con un número (*hablante número uno, hablante número dos, etc.*) a cada una de las entrevistadas²⁶. Todos los datos relativos a la identidad de las hablantes se mantuvieron siempre en secreto y los encuestados nunca los conocieron. Su única fuente de información sobre las hablantes fue, pues, el segmento grabado que se les hizo escuchar.

Se presentó la grabación dos veces a los encuestados: la primera para que conocieran a las mujeres grabadas y la segunda para que respondieran a las preguntas planteadas en la encuesta.

En la primera parte las preguntas se referían a las características de las personas que hablaban en la cinta. Los ítems, como se suele hacer en los cuestionarios de actitudes, contenían aspectos evaluativos cognitivos y afectivos. Las preguntas, sin embargo, no fueron directas ni se usó el término «dialecto», de reminiscencias peyorativas para algunas personas. Tampoco se interrogó sobre el modo de hablar de los merideños, bogotanos, etc., sino que las preguntas se refirieron al habla de las mujeres de la cinta, representativas, como se ha dicho, de cada región. Aunque es evidente que los encuestados no conocían a estas personas sino únicamente sus voces, respondieron sin parar mientes en que estaban sólo ante un estímulo lingüístico.

En la segunda parte de la encuesta se explicó que se quería poner a prueba la capacidad de los informantes para identificar a las personas grabadas en la cinta en relación con el nivel educativo que habían alcanzado, la clase social a la que pertenecían y la profesión u oficio a que se dedicaban. Lo que los informantes no sabían era que todas las personas, como se ha dicho, lograron igual gradación educativa y pertenecían al mismo estrato social: son todas universitarias, de clase media alta y trabajan como profesoras de cuarto nivel.

²⁵ La selección de las informantes se basó en los siguientes criterios: Caracas y Bogotá, como capitales de Venezuela y Colombia, son, al menos en teoría, hitos de poder y prestigio para los respectivos territorios nacionales restantes; San Cristóbal y Mérida, capitales de estado, son las ciudades en las que se hizo el estudio; finalmente, Cúcuta es la ciudad colombiana fronteriza con los Andes venezolanos, esto es, una referencia geográfica inmediata que además, como se ha dicho, se distingue por un importante tráfico de bienes y personas.

²⁶ Los autores desean reconocer el paciente trabajo de edición de Ferny Agredo, del Estudio de Radio del Departamento de Comunicación Social, en la Universidad de Los Andes, Táchira, que midió la duración de las intervenciones, estandarizó las voces de las mujeres, grabó la del locutor y ensambló con todas ellas la cinta estímulo.

En la tercera parte de la encuesta, se pidió a los informantes que identificaran la ciudad de procedencia de las hablantes. Se le dio una lista de ocho posibilidades, donde se enumeraban cuatro ciudades colombianas y cuatro ciudades venezolanas²⁷.

5. RESULTADOS DE LA ENCUESTA

Al contabilizar las respuestas, obtuvimos los resultados que desglosaremos a continuación. Se seguirá en su exposición el mismo orden de las secciones de la encuesta²⁸.

Parte I: ¿Cómo son las hablantes?

1. *¿A cuál de esas personas encomendaría usted la tarea de dictar una conferencia científica?*

Las respuestas a esta pregunta están marcadas por una alta valoración de las hablas locales: los merideños otorgan la más alta proporción de votos a la hablante de su dialecto, 25%, y los sancristobalenses, con una medida todavía mayor, 41%, a su coterránea. El segundo puesto en la elección recae en el habla de la región andina contigua: en Mérida la selección de la hablante de San Cristóbal alcanza el 25% y en San Cristóbal la hablante de Mérida ha sido escogida en el 35% de los casos²⁹.

2. *¿Cuál de estas personas considera más agradable?*

La hablante más votada en este ítem ha sido la de San Cristóbal, con el 38% de respuestas en Mérida y 46% en San Cristóbal. Le siguen las

²⁷ Además de los lugares de origen de las personas de la cinta estímulo, se incluyeron como distractores Trujillo (la capital del tercer estado andino venezolano) y Pamplona y Bucaramanga (otras dos ciudades colombianas de la región fronteriza con Venezuela) de modo que las respuestas no se dieran por descarte.

²⁸ Puesto que las diferencias entre los grupos resultaron escasamente significativas y a fin de ofrecer una más clara visión de los resultados se suman las opiniones de hombres y mujeres y de estudiantes y no estudiantes en cada ciudad. A pie de página se ofrecen, sin embargo, las diferencias por ciudad entre estudiantes y no estudiantes. Se omite del todo la discriminación de las respuestas según el sexo en tanto que la variable se comportó menos significativa todavía.

²⁹ Entre los estudiantes merideños se prefirió a la hablante Mérida (35%) seguida por la de San Cristóbal (18%). Entre los no estudiantes merideños, se favoreció a las mismas hablantes, elevándose el porcentaje de respuestas a favor de San Cristóbal (31%); las demás hablantes recibieron porcentajes menores.

En San Cristóbal, en cambio, los resultados se invierten: Entre los estudiantes se prefiere a la hablante de San Cristóbal (42%), seguida por Mérida (39%); entre los no estudiantes, se da un resultado similar (40% para San Cristóbal y 31% para Mérida).

hablantes de Caracas (23% y 26%, de modo respectivo) y Mérida (20% en ambas ciudades)³⁰.

3. *¿Quién le parece usted que tiene mayor habilidad para comunicarse?*

En todos los grupos de encuestados la selección recae sobre la hablante de San Cristóbal: en su ciudad fue escogida por el 42% de los encuestados y en Mérida, en el 39%. Caracas, Mérida y Bogotá ocuparon también posiciones destacadas en la elección de los encuestados, cuyo criterio por grupo resultó en esta segunda posición menos homogéneo³¹.

4. *Si usted tuviera la oportunidad de decidir cuál de estas personas pudiera participar en la filmación de una telenovela, ¿a cuál escogería?*

Este es el primer ítem de la encuesta en el que las hablantes no andinas ocupan lugares privilegiados. En la mayoría de los casos, (salvo los encuestados no estudiantes de Mérida, que escogen a su paisana), la elección ha recaído sobre la hablante de Caracas: 36% en Mérida y 31% en San Cristóbal. También Bogotá recibe un destacado nivel de escogencia (28%), seguida, en menor medida, por las hablantes de la región andina³².

5. *¿Cuál de estas personas le parece apropiada para leer un poema de amor?*

Para este cometido los andinos prefieren a la hablante merideña, que ocupa más de la mitad de las respuestas: el 43% de las elecciones entre los encuestados de su ciudad y 58% entre sus vecinos tachirenses. La hablan-

³⁰ Los estudiantes merideños prefirieron a la hablante de San Cristóbal (34%), seguida de las de Mérida, Caracas y Bogotá en proporciones similares (20%). La preferencia de los no estudiantes merideños por la hablante de San Cristóbal fue mayor (42%) que la de los estudiantes, seguida de la de Mérida (26%).

En San Cristóbal, la preferencia por la hablante de esa misma ciudad fue mayor (un 50% de los estudiantes y 42% de los no estudiantes); la siguieron las hablantes de Caracas (28 y 24%) y Mérida (16 y 23%).

³¹ Los estudiantes merideños prefirieron a la hablante de San Cristóbal (40%), seguida de la de Bogotá (25%). Los no estudiantes de esta ciudad también favorecieron a la hablante de San Cristóbal (37%), seguida por la de Caracas (29%).

En San Cristóbal, los estudiantes prefirieron asimismo a la hablante de San Cristóbal (47%) por su habilidad para comunicarse, mientras que los no estudiantes oscilaron en su elección entre la hablante de San Cristóbal (36%) y la de Caracas (32%).

³² Los estudiantes merideños eligieron a la hablante de Caracas (37%) mientras los no estudiantes merideños eligieron a la hablante de Mérida (34%).

También en San Cristóbal, los estudiantes se inclinaron por la hablante de Caracas (32%), pero ésta fue seguida muy de cerca por las de San Cristóbal (29%) y Bogotá (28%). Entre los no estudiantes la selección fue similar: la hablante de Caracas fue la predilecta (30%), seguida de las de Bogotá (27%) y San Cristóbal (24%).

te de San Cristóbal ocupa el segundo puesto, con el 38% de los votos de los encuestados en Mérida y el 24% en los de su propia ciudad³³.

6. *¿Cuál de estas personas asocia usted a regaño y protesta?*

En esta pregunta los encuestados se decantan por las hablantes colombianas, con alguna variación: en Mérida la mayor parte de los votos son para la hablante de Bogotá (37%) en tanto que en San Cristóbal la elección recayó sobre la hablante de su vecina de Cúcuta (55%)³⁴.

7. *¿Cuál de estas mujeres le parece mejor educada?*

La hablante que aglutina el mayor número de votos en esta respuesta ha sido la merideña: 48% en su ciudad, cifra que sube a 54% en San Cristóbal. La hablante tachirense obtuvo en este ítem el 32% de la escogencia en Mérida y 30% en su ciudad³⁵.

8. *¿Cuál le parece más tosca, ordinaria o descuidada?*

Los encuestados aplican estos calificativos a las hablantes andinas en una proporción que, sumadas las opiniones para ambas hablantes, no alcanza al 5% de las respuestas. El resto se distribuye, en ese orden, entre las hablantes Bogotá, Cúcuta y Caracas. En Mérida las respuestas que ocuparon los primeros lugares fueron de 47% para Bogotá y 29% para Caracas. En San Cristóbal la hablante de Bogotá obtuvo, asimismo, la primera posición, 38%, seguida, en proporciones muy semejantes, por las hablantes de Cúcuta y Caracas (31 y 29%)³⁶.

³³ Tanto estudiantes como no estudiantes en Mérida eligieron a la hablante merideña (47% y 39%), seguida de la de San Cristóbal (41% y 35% respectivamente).

En San Cristóbal, estudiantes y no estudiantes optaron también por la hablante de Mérida, en porcentajes más elevados (60% los primeros y 55% los segundos).

³⁴ En este ítem, los estudiantes merideños señalaron mayoritariamente a la hablante de Bogotá (37%), seguida por la de Cúcuta (27%). Entre los no estudiantes, la escogencia recayó en primer lugar sobre la hablante de Bogotá (36%), seguida por la de Caracas (27%).

En San Cristóbal se invierten los resultados: los estudiantes, votaron, en primer lugar, por la hablante de Cúcuta (50%), seguida de la de Bogotá (35%); los no estudiantes, por su parte, indican que es la hablante de Cúcuta la que más se distingue por los rasgos del ítem (60%).

³⁵ En Mérida, en ambos grupos –estudiantes y no estudiantes– se eligió la hablante de Mérida (52% y 43%) seguida de la de San Cristóbal (22% y 42%).

Los resultados en San Cristóbal fueron similares: los estudiantes optaron por la hablante merideña (58%), seguida de la de San Cristóbal (28%); entre los no estudiantes se repite la jerarquía de votos pero con porcentajes menores (49% para la hablante merideña y 32% para la de San Cristóbal).

³⁶ Estudiantes y no estudiantes merideños eligieron a la hablante de Bogotá (44% y 49%) seguida de la de Caracas (24% y 33%, respectivamente).

En San Cristóbal, los estudiantes señalaron también en primer lugar a la hablante de Bogotá (47%), pero entre los no estudiantes correspondió la escogencia a la de Cúcuta (36%), seguida por las de Bogotá (29%) y Caracas (26%).

Parte II: ¿Quiénes son las hablantes?

Como se dijo al principio, las cinco hablantes han alcanzado un nivel de instrucción universitario, con estudios de postgrado (especialistas o magíster, como mínimo) y son personas de clase media que trabajan en la educación superior. Sin embargo, no en todos los casos fueron percibidas así por los encuestados. Veamos sus respuestas:

1. *¿Qué nivel educativo cree usted que han alcanzado estas personas?*

a. Cúcuta: Los encuestados adjudicaron a esta hablante, de modo general, un nivel máximo de estudios que no sobrepasa la primaria (45% en Mérida y 44% en San Cristóbal), aunque algunos opinaron que podía haber llegado a bachiller³⁷.

b. Caracas: El nivel educativo que se concede a esta hablante es mayoritariamente el de bachiller (61% en Mérida y 53% en San Cristóbal), aunque también se señaló para ella en un importante número de casos el nivel de primaria y aun el de licenciatura³⁸.

c. San Cristóbal: La mayoría de los encuestados de San Cristóbal se decantó aquí por la licenciatura (60%). Aunque los merideños le adjudicaron también este nivel (en un 30%), sus respuestas favorecieron el bachillerato (55%), que en San Cristóbal fue la segunda opción más votada (24% de las respuestas)³⁹.

d. Mérida: La valoración del nivel educativo de la merideña ha sido, junto al de la sancristobalense, el más alto otorgado por los encuestados. En Mérida fue de 38% como licenciada y 42% como bachiller, pero en San Cristóbal las respuestas la identificaron mayoritariamente como licenciada (53%) e inclu-

³⁷ Los estudiantes merideños pensaron que la hablante de Cúcuta había alcanzado un nivel de educación primaria (52%) mientras que los no estudiantes fluctuaron entre darle, por igual, este nivel y el de bachillerato (37%).

Los estudiantes de San Cristóbal oscilaron en sus respuestas: la mayoría (37%) opinó que la hablante de Cúcuta había alcanzado el nivel de educación primaria seguida muy de cerca de un grupo (32%) que la ubicó en bachillerato. Entre los no estudiantes los porcentajes fueron distintos, pues un 50% la consideró como de primaria.

³⁸ La hablante de Caracas fue considerada en Mérida, por ambos grupos, en el nivel de bachillerato (57% y 65% estudiantes y no estudiantes, respectivamente), aunque algunos la consideraron de nivel de primaria (25% y 18%).

En San Cristóbal, los estudiantes la estimaron con nivel de bachillerato (59%) y licenciatura (28%). Los no estudiantes le dieron nivel de bachillerato (46%) y primaria (31%).

³⁹ La hablante de San Cristóbal fue considerada, por la mayoría de los merideños, con nivel de bachillerato (54% y 56%, estudiantes y no estudiantes) y, en menor grado, como poseedora de una licenciatura (32% y 27%).

La misma hablante fue considerada mayoritariamente entre los estudiantes de San Cristóbal con nivel de licenciatura (72%). Sólo un porcentaje menor (el 13%), le adjudicó nivel de bachiller. Los no estudiantes la ubicaron entre el nivel de licenciatura (48%) y el de bachillerato (38%).

so un buen número como postgraduada. Se trata del único caso en el que esta opción fue concedida significativamente a una de las hablantes⁴⁰.

e. Bogotá: Según la opinión de los encuestados, esta hablante ha alcanzado el bachillerato (50% de los merideños y 34% de los sancristobalenses); algunos, sin embargo, oscilaron entre la educación primaria y la superior⁴¹.

2. ¿A qué clase social cree usted que pertenecen?

Las respuestas dadas a esta pregunta han sido más homogéneas y, hasta cierto punto, cónsonas con la realidad. La mayoría de los encuestados, en efecto, ha señalado la clase media como aquella en la que se ubican las hablantes. Hay, sin embargo, algunas matizaciones que conviene señalar, puesto que en la segunda opción más votada aparecen valoraciones distintas en cada caso y que establecen también una tendencia:

La hablante de Cúcuta ha sido situada por los encuestados entre las clases media y baja en proporciones muy semejantes, aunque con ligero predominio en la primera⁴². En relación con la hablante de Caracas la mayoría se ha decantado por su ubicación en la clase media⁴³. La hablante de San Cristóbal ha sido identificada básicamente en la clase media, pero en su ciudad se la ha ubicado en un número importante de casos como de clase alta⁴⁴. De modo parecido, la merideña ha sido señalada mayoritariamente

⁴⁰ Los estudiantes merideños asignaron a la hablante de Mérida nivel de licenciatura (47%) y de bachillerato (32%), mientras los no estudiantes le concedieron nivel de bachillerato (52%) o licenciatura (28%).

Los estudiantes de San Cristóbal dieron a la hablante merideña nivel de licenciatura (52%) y nivel de postgrado (29%). Los no estudiantes la consideraron en su mayoría con nivel de licenciatura (54%), en tanto pero otros le reconocieron nivel de bachillerato (32%).

⁴¹ La hablante de Bogotá fue clasificada por los merideños en el nivel de bachillerato (48% y 53%) y en menor proporción de primaria (20% y 35% por estudiantes y no estudiantes, respectivamente).

Entre los estudiantes de San Cristóbal oscilaron en considerarla con nivel de bachillerato (39%) y de licenciatura (33%); mientras que los no estudiantes la consideraron con nivel de licenciatura (37%), de bachillerato (28%) y primaria (24%).

⁴² En Mérida, la hablante de Cúcuta fue clasificada por los estudiantes como de clase baja (57%), mientras los no estudiantes la clasificaron como de clase media (69%).

En San Cristóbal, en cambio, fue considerada entre los estudiantes como de clase media (59%) y en menor grado (38%) como de clase baja. Los no estudiantes la estimaron en proporciones muy semejantes como de clase baja o media (51 y 49%).

⁴³ La hablante de Caracas fue considerada tanto por estudiantes merideños como por no estudiantes, como de clase media en un (66% y 78%, respectivamente).

En San Cristóbal, igualmente, fue considerada como de clase media en un 65% por los estudiantes y por los no estudiantes en un 72%.

⁴⁴ La hablante de San Cristóbal fue catalogada en Mérida por estudiantes y no estudiantes como de clase media (73% y 87%).

En cambio, en San Cristóbal, se la consideró como perteneciente a la clase media (57% entre estudiantes y 56% entre no estudiantes); y, en menor medida, de clase alta (entre estudiantes en un 43% y entre no estudiantes en un 40%).

como de clase media, pero tanto en su ciudad como en San Cristóbal bastantes hablantes la distinguieron como perteneciente a la clase alta⁴⁵. En las opiniones en torno a la hablante de Bogotá, aunque predomina la que pertenece a la clase media, también se hallan casos, en número significativo, de adscripción a la clase baja, y aun, en menor proporción, a la alta⁴⁶.

3. *¿ Qué profesión u oficio cree usted que ejerce cada una de estas mujeres?*

a. Cúcuta: Tanto en Mérida como en San Cristóbal el oficio que se atribuye a esta hablante es, en una gran mayoría, el de empleada doméstica. Otros piensan que puede ser obrera y unos pocos opinan que maestra⁴⁷.

b. Caracas: Esta hablante es identificada por los encuestados con oficios de jerarquía intermedia, sobre todo como oficinista y, en algunos casos, como maestra. En porcentajes menores aparecen asimismo señaladas las opciones de empleada doméstica y obrera⁴⁸.

c. San Cristóbal: Las ocupaciones presupuestas por los encuestados para esta hablante fluctúan entre los oficios intermedios (oficinista y maestra) y el ejercicio profesional (doctora y abogada)⁴⁹.

⁴⁵ La hablante de Mérida fue considerada por los estudiantes merideños como de clase media (60%) y por algunos como de clase alta (30%). Por los no estudiantes fue considerada de clase media en un alto porcentaje (76%).

En San Cristóbal, la hablante merideña fue considerada como de clase media (50%) y de clase alta (49%) entre estudiantes y en porcentajes muy similares, entre los no estudiantes (clase media, 47% y clase alta 46%).

⁴⁶ La hablante de Bogotá fue considerada por los estudiantes merideños como de clase media (51%) aunque por algunos lo fue de clase baja (30%). Los no estudiantes tuvieron, en general, la misma apreciación (clase media, 60% y clase baja, 29%).

Los estudiantes de San Cristóbal la percibieron como de clase media (51%) y clase baja (36%). Los no estudiantes oscilaron entre considerarla como de clase baja (37%), de clase media (34%) y clase alta (30%).

⁴⁷ La hablante de Cúcuta fue considerada por estudiantes y no estudiantes merideños como empleada doméstica (60% y 40%, respectivamente), mientras otros la consideraron obrera (17% y 27%). Algunos no estudiantes la calificaron como maestra (20%).

Entre los estudiantes de San Cristóbal se la consideró como empleada doméstica (38%) y como maestra (27%). Los no estudiantes la clasificaron como doméstica (58%).

⁴⁸ La hablante de Caracas fue considerada por los estudiantes merideños como oficinista (36%) y por otros como empleada doméstica (26%). Los no estudiantes la consideraron como oficinista (50%) y maestra (26%).

Los estudiantes de San Cristóbal la consideraron como oficinista (47%) y entre los no estudiantes, algunos la percibieron igualmente como oficinista (40%) mientras que otros la consideraron como empleada doméstica (16%) o como obrera (15%).

⁴⁹ La hablante de San Cristóbal fue calificada por los estudiantes merideños como oficinista (31%), maestra (19%) y doctora (16%), pero también como empleada doméstica (16%). Los no estudiantes la calificaron como oficinista (36%), maestra (30%) y doctora (16%).

En San Cristóbal, los estudiantes la percibieron como doctora (29%), como maestra (26%) y como abogada (17%). Los no estudiantes la consideraron como maestra (32%) como oficinista (28%) y como doctora (17%).

d. Mérida: Esta hablante, al igual que la anterior, ha sido identificada con oficios medios, como maestra u oficinista, y la actividad profesional universitaria⁵⁰.

e. Bogotá: De modo semejante a lo que ocurre con la hablante de Cúcuta, se identificó a esta hablante con los trabajos domésticos, de obrera y, en menor proporción, como maestra u oficinista. Algunas pocas opiniones la señalan como profesional⁵¹.

Parte III: ¿De dónde son estas mujeres?

a. La hablante de Cúcuta no fue identificada en Mérida más que por el 3%⁵². En cambio, en San Cristóbal fue distinguida por el 30% de lo encuestados⁵³.

b. La hablante de Caracas fue reconocida acertadamente en Mérida en el 43% de los casos⁵⁴. En San Cristóbal, fue identificada en un 86% de los casos⁵⁵.

c. La hablante de San Cristóbal fue identificada entre los merideños sólo en un 17%⁵⁶. En San Cristóbal se determinó su origen en un 52%⁵⁷.

d. La hablante de Mérida fue reconocida en su ciudad por el 42% de los encuestados⁵⁸. En San Cristóbal, esta hablante fue identificada en promedio por el 32%⁵⁹.

e. La procedencia de la hablante de Bogotá fue establecida por los merideños en un 59%⁶⁰. En San Cristóbal esta misma hablante fue reconocida en un 51%⁶¹.

⁵⁰ La hablante de Mérida fue considerada por estudiantes y no estudiantes merideños, como maestra (41% y 51%), oficinista (17% y 28%) y, en menor proporción, como doctora (14% y 12%).

Entre los estudiantes de San Cristóbal se consideró a la hablante de Mérida como doctora (35%) y maestra (31%); entre los no estudiantes fue percibida como maestra (34%), doctora (21%) y oficinista (20%).

⁵¹ La hablante de Bogotá fue calificada por los estudiantes merideños como empleada doméstica (25%) y obrera (22%), y en menor proporción, como oficinista (19%) y doctora (12%). Los no estudiantes la consideraron empleada doméstica (52%), maestra (26%), y oficinista u obrera (11%).

Los estudiantes de San Cristóbal la consideraron empleada doméstica y oficinista (29% en cada caso) y como maestra (18%). Entre los no estudiantes, la consideraron doméstica (27%) y maestra (25%).

⁵² 2% y 4% estudiantes y no estudiantes, respectivamente.

⁵³ Un 18% de estudiantes y por un 42% de no estudiantes.

⁵⁴ En un 60% por los estudiantes, y sólo en un 25% por los no estudiantes.

⁵⁵ 91% por estudiantes y en un 80% por no estudiantes.

⁵⁶ 25% por los no estudiantes. Los estudiantes acertaron menos todavía: apenas el 9%.

⁵⁷ 46% por estudiantes y 58% por no estudiantes.

⁵⁸ Un 61% por los estudiantes y sólo en un 23% por los no estudiantes.

⁵⁹ Un 34% entre estudiantes y en un 30% entre no estudiantes.

⁶⁰ 51% por los estudiantes y en un 66% por los no estudiantes.

⁶¹ Por los estudiantes en un 45% y por no estudiantes en un 56%.

6. ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

A continuación se hará un breve resumen de los datos anteriores, procurando establecer algunas conexiones entre los mismos. Como se dijo en la sección de metodología, los encuestados nunca han visto a las hablantes, de modo que se ha partido del presupuesto de que sus juicios se basan, por una parte, en la audición de unos pocos minutos de grabación, y por otra, en la activación subconsciente de las opiniones formadas que tienen sobre los grupos socioculturales de los que estas mujeres forman parte. Al dar sus respuestas cumplen, se podría decir, un procedimiento metonímico, porque juzgan la personalidad a partir de su manera de hablar; en esa evaluación, con menor o mayor grado de conciencia, afloran opiniones preconcebidas. Recordemos, una vez más, que se ha intentado neutralizar en la cinta todo elemento personal que pudiera favorecer adhesión o rechazo, y que este control se ha intentado en la elección de hablantes de igual condición sociocultural, en el uso de un mismo estilo (nivel de formalidad) de habla, en los temas, en la calidad material de las grabaciones y en la duración de la intervención de cada una.

En la Parte I: ¿Cómo son las hablantes?, se procuró conocer la imagen que los encuestados tienen de las personas representadas por las hablantes de la cinta.

En las cuestiones más directamente relacionadas con el raciocinio, la intelectualidad y la educación, esto es, las preguntas 1 y 7, los lugares privilegiados en la selección de los encuestados los ocupan las andinas. Coinciden en que la mejor educada es la merideña y en cada ciudad se piensa que la más adecuada para leer una conferencia científica es la hablante coterránea. Los segundos lugares de la escogencia también favorecen a las andinas (la de la ciudad del estado vecino en cada caso).

En las preguntas relacionadas con simpatía y la desenvoltura social, ítemes 2 y 3, se prefiere tanto en Mérida como en el Táchira a la hablante de San Cristóbal. Sin llegar a ocupar las posiciones más destacadas, en estas preguntas la hablante de Caracas obtiene una mejor valoración que en las anteriores.

En la pregunta más directamente relacionada con la expresión de las emociones en su sentido positivo, a saber, la 5, en la que se interroga sobre la persona elegida para leer un poema de amor, los encuestados se decantan señaladamente por la hablante merideña.

En cambio en la pregunta sobre el aspecto negativo de la afectividad, la número 6, en la que se pide asociar a una hablante con regaño y protesta, las escogidas son las colombianas. En Mérida se señala a la bogotana seguida de la cucuteña y en San Cristóbal la elección sigue la dirección contraria: Cúcuta en el primer lugar seguida de Bogotá.

La hablante considerada más ordinaria es en todos los casos la bogotana. La sigue en Mérida la hablante de Caracas; en San Cristóbal, Cúcuta y Caracas se encuentran aparejadas en la segunda posición.

Espacio aparte merece la pregunta sobre el personaje de telenovelas, la número 4. Es bien sabido que en la ciudad de Caracas se filman numerosas de estas producciones, por lo que no sorprende que la preferida para estas tareas sea la hablante caraqueña. La hablante bogotana aparece también muy bien situada aquí, seguramente por la relativamente reciente pero cada vez más amplia transmisión de telenovelas colombianas (la mayoría producidas en Bogotá) en la televisión venezolana. Es curioso, sin embargo, que un sector de los merideños haya escogido a su paisana para estos menesteres. En cualquier caso esta pregunta ha resultado poco productiva para la medición de actitudes, seguramente por el modo como fue presentado el ítem. Las respuestas, en efecto, no hacen más que constatar la realidad, pero no discriminan opiniones. En todas las producciones aparecen «buenos» y «malos» y en las respuestas los encuestados asociaron a las hablantes de la cinta estímulo con unos y otros sin referencia fija.

En la Parte II: ¿Quiénes son los hablantes?, se procuró saber qué idea tienen los encuestados sobre la asociación entre la posición social de una persona y su región de procedencia. Por ello las preguntas se refieren a estrato, educación y oficio, indicadores típicos de la condición social del individuo.

En cuanto a la educación, las hablantes a las que se reconoció mayor nivel fue a las andinas. En Mérida se piensa que son al menos bachilleres y en bastantes casos licenciadas o equivalente; en San Cristóbal se opina que son universitarias e incluso, según algunos, posgraduadas.

Las hablantes de las capitales nacionales, Caracas y Bogotá, fueron calificadas de modo distinto en Mérida que en San Cristóbal. En la primera ciudad fueron percibidas como personas que tienen bachillerato pero no estudios superiores, en tanto que en la segunda, algunos encuestados afirman que además de educación media estas mujeres tienen profesión universitaria.

La hablante de Cúcuta fue la peor evaluada: se considera mayoritariamente que sólo tiene educación primaria; en Mérida, incluso, un buen número de encuestados piensa que es analfabeta.

Sobre la profesión u oficio de las hablantes, los encuestados optan mayoritariamente por los oficios medios para todas las hablantes, pero se escoge para que las andinas el rol de maestras y para el resto el de oficinistas. La segunda opción elegida para el caso de las andinas es el de las profesiones universitarias, la de doctora, principalmente, mientras que para las colombianas, en cambio, la segunda selección recae sobre los oficios de doméstica y obrera, principalmente en el caso de la cucuteña.

En lo relativo a la posición social de las hablantes hubo mayor coincidencia de los encuestados con la realidad: en la mayor parte de las respuestas se catalogó a las hablantes en la clase media. Sin embargo, tanto en Mérida como en San Cristóbal un buen número de encuestados que piensa su paisana es de clase alta. También en San Cristóbal la merideña es considerada en bastantes ocasiones como miembro de este estrato. La segunda opción de estrato más votada para la hablante de Cúcuta ha sido la clase baja, muy próxima a la evaluación de esta hablante como de clase media. Aunque los valores no sean tan parejos como en el caso de la cucuteña, también las hablante de Bogotá ha sido identificada en bastantes casos como de clase baja.

En resumen podemos ver cómo, en lo que se refiere a la posición social, las hablantes mejor situadas son las venezolanas de los Andes, y las menos favorecidas, las dos hablantes colombianas y la caraqueña. Entre estas últimas, las hablantes de las capitales fueron ligeramente favorecidas sobre la colombiana de la ciudad de Cúcuta. Por otra parte, en San Cristóbal la bogotana fue mejor considerada en cuanto a estrato y educación que en Mérida, lo que puede deberse a una mayor familiaridad con el dialecto.

En cuanto a la Parte III, lo más sorprendente de nuestros resultados es la dificultad que muestran los merideños que fueron encuestados para reconocer el origen geográfico de las hablantes. Los mayores aciertos se tuvieron con la hablante bogotana. Le siguieron las hablantes de Mérida y Caracas, relativamente bien identificadas. Lo fueron, pobremente, las hablantes de San Cristóbal y Cúcuta. Los informantes de San Cristóbal fueron más hábiles en este sentido, porque reconocieron muy bien a la hablante de Caracas y bien a las de San Cristóbal y Bogotá. También identificaron aceptablemente, a las hablantes de Mérida y Cúcuta. Es notable que los no universitarios superen a los universitarios en la identificación de las hablantes de Cúcuta y Bogotá, lo que muestra que esta habilidad poco tiene que ver con la educación formal.

Estos resultados contrastan con los de Bentivoglio y Sedano (1999) y los de Malaver (2002) por cuanto establecen una distinta valoración de andinos y caraqueños sobre sus propias maneras de hablar. Si bien la naturaleza de aquellas investigaciones era distinta en tanto que no contrastaban variedades geográficamente próximas, esto es, en frontera, ni varias de un mismo país, los estudios mostraron que la confianza de los caraqueños en su propio dialecto resulta bastante menor que la que de acuerdo con este nuevo trabajo muestran los andinos en los suyos.

Por otra parte, esta investigación confirma (con otros instrumentos, aplicados a grupos de personas más heterogéneos) la tendencia de los andinos a valorar su dialecto por sobre el de la capital que mostraron los tra-

bajos de Álvarez y Medina (1999), Álvarez, Martínez y Urdaneta (2001) y Álvarez, Hoffmann y Valeri (2002).

Esta valoración de las hablas locales se contrapone al menor aprecio que muestran los encuestados por las hablas capitalinas, Caracas y Bogotá, y por la de Cúcuta, en la frontera del lado colombiano. Esta conducta se explica, desde luego, desde la particular necesidad de construcción de la identidad propia frente a centrales y colombianos que tiene el andino, aunque comparta con ambos grupos elementos de cultura e historia. Y es que los procesos de identidad, «como todos los mecanismos de cohesión, sólo pueden ser tales en la medida en que también sean mecanismos de exclusión, de construcción del extraño» (Fernández, 2000: 56).

La actitud negativa frente a las hablas caraqueña y colombianas no son, sin embargo, de la misma índole. En el primer caso, las relaciones históricas entre los Andes y el Centro han marcado, como se ha visto, una dinámica dual de acercamientos y antagonismos que supone, por una parte, la natural identificación del andino como venezolano pero, por otra, su distinción del caraqueño; éste, aunque venezolano como él, es otro distinto. Ante ese «extraño» que es el central, el andino siente particular necesidad de autoafirmación. En este proceso el andino no opera mediante mecanismos de poder (es el central, sin duda, quien lo detenta), sino por el conferimiento o negación del prestigio a formas de cultura y actuación que resultan distintivas; entre ellas, como cabe esperar, el uso lingüístico cobra particular relevancia. En efecto, «siendo la mayor parte de nuestra conducta *conducta lingüística*, y siendo la observación el modo principal mediante el que aprendemos acerca de los grupos a los que pertenecemos, parece lógico concluir que los usos lingüísticos son siempre fuente de identidades sociales» (Fernández, 2000: 51). En este panorama también resulta lógico establecer que la baja estima del andino por las hablas de sus vecinos colombianos sea una manifestación inconsciente de su necesidad de establecer límites, de deslindarse de ese «otro», sobre todo del que está más próximo, el cucuteño, que aunque vecino cordial, tiene una identidad propia, es «otro», es «distinto».

7. CONCLUSIONES

La hipótesis inicial de este trabajo, según la cual los andinos no tendrían como norma de prestigio las hablas del centro del país y que su punto de referencia estaría entonces en las hablas colombianas, tanto las de la frontera como la de Bogotá, ha sido validada sólo parcialmente. En efecto, los resultados de esta investigación han mostrado, como se pensaba, que los andinos no consideran el dialecto caraqueño como el

«mejor», a pesar de que sea el hablado en la ciudad capital de Venezuela, sede de los principales poderes públicos y de los grupos socioeconómicos más poderosos del país. Pero contra lo esperado, estos mismos resultados indican que tampoco las hablas colombianas se consideran paradigmáticas; en efecto, han sido evaluadas negativamente, incluso por debajo de la valoración que se da a la de la capital venezolana. Contra esta falta de referencias modélicas «externas», los propios dialectos andinos han sido muy favorablemente considerados, y no únicamente el de la ciudad de cada grupo de entrevistados, o en las preguntas de connotación afectiva, lo cual sería hasta cierto punto natural; también ha sido muy bien valorada, y de modo general, el habla de la ciudad andina venezolana vecina. Esta estima propia se manifiesta no exclusivamente en materia afectiva: como es usual en numerosos trabajos de actitudes, las hablas propias de los entrevistados aparecen muy bien situadas en rasgos como confianza, simpatía, gracia, familiaridad, etc., pero tratándose de encuestas aplicadas en la provincia, generalmente los aspectos relacionados con el éxito social, la inteligencia, la educación, etc., aparecen como distintivas de la metrópolis que le sirve de referencia. En el caso de los Andes sus hablas han sido evaluadas positivamente tanto en los aspectos afectivos (amor, simpatía...) como en los cognitivos (educación, cultura, habilidad comunicativa...); las hablas foráneas, por el contrario, han sido las peor consideradas en estos aspectos y a las que se adjudican, además, los valores negativos de la encuesta (protesta y regaño, tosquedad y ordinarietà...). Los dialectos distintos no ha sido valorados, pues, ni estética ni culturalmente.

No deja de resultar llamativo que tanto Caracas, centro de la esfera del poder en Venezuela, como Bogotá, capital del país en frontera con el que los Andes venezolanos ha tenido gran afinidad por la multiplicidad de lazos secularmente establecidos, resultaran tan pobremente evaluadas. Se trata en cada caso, sin duda, de un proceso distinto. Las respuestas negativas dadas en el cuestionario en torno al habla caraqueña, tanto en los ítems que miden el componente afectivo como el cognitivo, revelan la propia afirmación del andino en sus caracteres culturales frente al central, que lo desestima. En el caso de las hablas colombianas, se trata de un proceso distinto, también vinculado con los mecanismos de identidad pero esta vez la nacional. Por resentimientos históricos los andinos han sido identificados despectivamente en el resto del país como colombianos, no porque esta denominación tenga en sí misma algún cariz negativo, sino en el sentido de no-venezolano, y hasta anti-venezolano. Ante esta identificación el andino toma distancia y se deslinda, procura una identidad propia, distinta, del colombiano, y, en consecuencia, venezolano como cualquiera. Este comportamiento de desestima de las hablas de ambas capitales, por una

parte, y significativo apego a las propias, por la otra, es, pues, el reflejo del movimiento pendular que signa la vida del cordillerano, marcada históricamente, como se vio en su lugar, por esta ambivalencia.

Desde una perspectiva más general, los resultados de este trabajo llevan a la necesidad de replantear la asociación de los conceptos de prestigio y poder, caracterizado el primero como un proceso de concesión de estima y el segundo, como el ejercicio de dominio sobre otros. La diferencia básica entre ellos puede establecerse sobre la relación distinta de influencia que se establece entre sujeto y objeto. Se trata, en efecto, de movimientos divergentes: el poder se ejerce desde dentro hacia afuera y el prestigio proviene desde afuera y se centra luego; el poder se detenta, el prestigio se conquista; el poder ejerce, el prestigio se recibe. El poder se relaciona con la política y la economía, y se detenta *contra* otros, en tanto que el prestigio se halla vinculado a la cultura y se otorga *por* los otros. Y aunque poder y prestigio aparezcan con bastante frecuencia estrechamente vinculados (el poderoso atrae prestigio), no siempre van aparejados. Así, los Andes venezolanos se muestran como una región caracterizada, como el resto del país, por la sujeción al poder central, que viene de Caracas, pero con una fuerte conciencia de identidad propia, manifiesta en una estima propia mayor que la que se concede al poderoso.

Y en medio de este conflicto entre prestigio y poder, como en cualquier aspecto de la vida en colectivo, el uso de la lengua es reflejo y elemento de construcción de la realidad social, signo que cimienta la identidad al tiempo que la manifiesta, porque tal y como afirma Tabouret-Keller (1997: 315), «The language spoken by somebody and his or her identity as a speaker of this language are inseparable: This is surely a piece of knowledge as old as human speech itself. Language acts are acts of identity».

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ, A. Y MEDINA (1999): «I love Caracas: Language attitudes in High School Students from the Venezuelan Andes», *Memorias de AVEPLEFE*, Mérida, Universidad de Los Andes.
- ÁLVAREZ, A. (1999): «Comunidad de habla e identidad en Venezuela: el Centro y los Andes», en M. Perl y K. Pörtl (eds.), *Identidad cultural y lingüística en Colombia, Venezuela y en el Caribe hispánico*, Tübinga, Max Niemeyer, págs. 197-212.
- ÁLVAREZ, A., H. MARTÍNEZ Y L. URDANETA (2001): «Actitudes lingüísticas en Mérida y Maracaibo: otra cara de la identidad», *Boletín Antropológico*, 32, págs. 145-166.
- ÁLVAREZ, A., G. HOFFMANN Y M. J. VALERI (2001): «Prestigio y poder: un estudio de las actitudes de hablantes merideños», *Entrelinguas*, 6.2, págs. 113-122.
- AUSTIN, J. (1962/1990): *Cómo hacer cosas con las palabras*, Barcelona, Paidós.
- AZURMENDI AYERBE, M. J. (2000): *Psicosociolingüística*, Zarauz, Guipúzcoa, Universidad del País Vasco.
- BENTIVOGLIO, P. Y M. SEDANO (1999): «Actitudes lingüística hacia distintas variedades dialectales del español latinoamericano y peninsular», en M. Perl y K. Pörtl (eds.), *Identidad cultural y lingüística en Colombia, Venezuela y en el Caribe hispánico*, Tübinga, Max Niemeyer, págs. 135-159.
- CARDOZO, A. (1993): *Proceso de la historia de los Andes venezolanos*, Caracas, Biblioteca de autores y temas tachirenses.
- COULMAS, F. (ed.) (1997): *The handbook of sociolinguistics*, Oxford, Blackwell Publishers Ltd.
- ETXEBARRIA AROSTEGUI, M. (2000): *Variación sociolingüística en una comunidad bilingüe*, Zarauz, Guipúzcoa, Universidad del País Vasco.
- FERNÁNDEZ, M. (2000): «Multilingüismo e identidad múltiple en la modernidad reflexiva», *Estudios de sociolingüística*, Vol. 1,1, págs. 47-57.
- FREITES BARROS, F. (2000) «¿Es el español andino venezolano un dialecto conservador? Estudio de /-s/ en el habla del Táchira», *Lingua Americana*, 6, págs. 83-106.
- FREITES BARROS, F. (2002): «La nasal alveolar implosiva en el habla andina tachirense», *Letras*, 64, págs. 34-51.
- FUNDACIÓN POLAR (1997): *Diccionario de Historia de Venezuela*, Segunda Edición, Caracas.
- GARCÍA MARCOS, F. (1999): *Fundamentos críticos de sociolingüística*, Almería, Universidad de Almería.
- IGLESIAS ÁLVAREZ, A. (1999): «O poder explicativo e predictivo das actitudes lingüísticas», *Verba*, 26, págs. 273-307.
- JONES, J. (2000): «Language and class», In Thomas y Wareing, *Language, society and power*, Londres, Routledge.
- LASTRA, Y. (1992): *Sociolingüística para hispanoamericanos. Una Introducción*, México D.F., El Colegio de México.
- MARTÍN ROJO, L. Y R. WHITTAKER (eds.) (1998): *Poder-decir o el poder de los discursos*, Barcelona, Arrecife.

- MOREAU, M.-L. (1997): *Sociolinguistique. Les concepts de base*, La Haya/Lieja, Mardaga.
- MORENO FERNÁNDEZ, F. (1998): *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona, Ariel.
- MUÑOZ, A G. (1985): *El Táchira fronterizo*, Caracas, Biblioteca de autores y temas tachirenses.
- OBEDIENTE, E. (Comp.) (1998): *El habla rural de la Cordillera de Mérida*, Mérida, Universidad de los Andes.
- OBEDIENTE, E. (1999): «Identidad y dialecto: el caso de los Andes venezolanos», en M. Perl y K. Pörtl (eds.), *Identidad cultural y lingüística en Colombia, Venezuela y en el Caribe hispánico*, Tubinga, Max Niemeyer, págs. 213-219.
- RODRÍGUEZ, Á. Y J. SEOANE (1989): *Creencias, actitudes y valores*, Madrid, Alhambra.
- TABOURET-KELLER, A. (1997): «Language and identity», en F. Coulmas (ed.), *The handbook of sociolinguistics*, Oxford, Blackwell Publishers Ltd, págs. 315-326.
- THOMAS Y WAREING (2000): *Language, society and power*, Londres, Routledge.
- TUSÓN, J. (1996): *Los prejuicios lingüísticos*, Barcelona, Octaedro.
- VILLAMIZAR, T. (1998): «El fonetismo», en E. Obediente (Comp.), *El habla rural de la Cordillera de Mérida*, Mérida, Universidad de los Andes, págs. 27-94.
- WOLFRAM, W. (1997): «Dialect in society», in F. Coulmas (ed.), *The handbook of sociolinguistics*, Oxford, Blackwell Publishers Ltd, págs. 107-126.

Copyright of Oralia is the property of Arcos Libros SL and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.